LIBRO QUINTO.

I.

Todas las lecciones de religion que nos daba mi madre, se limitaban á ser religiosa en presencia nuestra y con nosotros. La constante efusion de amor, de adoracion, de reconocimiento y de súplica que brotaba de su alma, era su única y natural predicacion. La oracion, pero la oracion rápida, lírica, alada, se asociaba á nuestras menores acciones durante el dia, con tal oportunidad, que nos servia siempre de placer y de encanto, en vez de mirarla como obligatoria ó abrumante. Nuestra vida en manos de semejante mujer era un *sursum corda* perpétuo. Se elevaba tan naturalmente al pensamiento de Dios, como la planta al aire y á la luz; bastábale para esto hacer lo contrario de lo que se practica generalmente. En lugar de imponernos una devocion enfadosa que no permite á los niños que se entre-

guen á sus juegos ó al sueño, cuando les obligan á rogar á Dios, muchas veces á despecho de su repugnancia y de sus lágrimas, hacia que fuesen para nuestra alma un deleite esas cortas plegarias á que nos invitaba sonriendo. No mezclaba la oracion con las lágrimas, si no ántes bien, á cuantas cosas agradables, aún cuando de poca monta, nos acaecian durante el dia.

Asi es, que cuando despertábamos en nuestros lechos, brillando ya en los balcones el sol alegre de la mañana; cuando cantaban los pájaros en nuestros rosales ó en sus jaulas; cuando hacía mucho tiempo que resonaban en la casa los pasos de las criadas y las esperábamos ya impacientes para levantarnos, subia, entraba, radiante siempre su semblante de bondad, de ternura y de alegría; nos abrazaba, nos ayudaba á vestir, escuchaba esa bulliciosa algarabía de los niños, cuya imaginacion refrescada gorjea al despertar como un nido de golondrinas bajo los tejados cuando la madre se aproxima, y despues de esto nos decia: «¿A quién somos deudores de la fe»licidad que vamos á gozar reunidos? A Dios, á nues»tro celeste padre. Sin él no hubiera alumbrado este »hermoso dia, estos árboles hubieran perdido sus »hojas, los alegres pajarillos yacerian muertos de »hambre y de frio sobre la árida tierra, y vosotros, »hijos mios, careceríais de cama, de casa, de jardin, »de madre que os abrigase, alimentase y alegrase »durante vuestra infancia. Nada más justo que darle »gracias por todo cuanto nos concede en este dia, y »rogarle porque tengamos muchos semejantes.» En

seguida se arrodillaba ante nuestra cama, juntaba nuestras manecitas, que muchas veces besaba entre las suyas, y pronunciaba lentamente y en voz baja, la corta plegaria de la mañana, que repetiamos nosotros inflexion tras inflexion y palabra tras palabra.

Por la noche no esperaba á que nuestros ojos cargados de sueño estuviesen casi cerrados, para hacernos murmurar medio dormidos palabras que retrasasen penosamente la hora del reposo. Reunia en la sala inmediatamente despues de comer á los criados, y aún á los labradores de las más cercanas chozas y los más amigos de la casa; tomaba un libro de piadosas instrucciones cristianas para el pueblo, y leia algunos pasajes de él á su rústico auditorio. Seguíase á esta lectura una oracion que mi madre decia en alta voz, ó en su lugar mis hermanas, así que tuvieron alguna más edad. Aún me parece que percibo la consonancia de aquellas letanías monótonas, que sordamente resonaba en la habitacion, y que se asemejaba al flujo y reflujo regular de las oleadas del corazon alzadas hasta los bordes de la vida y los oidos de Dios.

Uno de nosotros se encargaba siempre de decir una corta oracion por los caminantes, por los pobres, por los enfermos y por alguna necesidad particular de la aldea ó de la casa. Haciéndonos así figurar en el grave acto del rezo, conseguia que tuviésemos interés en asociarnos á él, y evitaba que lo tomásemos con la frialdad de una costumbre, como una ceremonia ó con disgusto. Además de estas dos oracio-

nes casi públicas, dirigiamos durante el dia frecuentes é irregulares elevaciones de nuestras almas infantiles hácia Dios. Pero todas ellas, como brotaban, con las circunstancias del corazon y de los labios de nuestra madre, eran sólo inspiraciones del momento, y no tenian por lo tanto nada de rutinario ni de abrumador. Por el contrario, completaban y consagraban, por decirlo así, cada una de nuestras impresiones y de nuestros goces.

Asi es que, cuando nos servian la comida frugal, pero deliciosa á nuestro paladar, ántes de sentarse á la mesa y de partir el pan, nos hacía ella, una ligera seña que comprendíamos; y suspendiendo por espacio de medio minuto la impaciencia del apetito, rogábamos á Dios que se dignara bendecir el alimento con que nos brindaba. Concluida la comida y ántes de marcharnos á jugar, le dábamos gracias en algunas palabras. Si ibamos á emprender un paseo distante y vivamente deseado en alguna de esas hermosas mañanas de estío, nuestra madre, al marchar nos hacía dirigir en silencio y sin que nadie lo notara, una corta invocacion á Dios para que bendijese tan completa alegría y nos preservase de todo contratiempo. Si el paseo nos conducia ante un espectáculo sublime ó gracioso de la naturaleza, nuevo para nosotros, á algun estenso y umbroso bosque de álamos, en que la solemnidad de las tinieblas y los destellos de luz á través del ramaje conmoviesen nuestras imaginaciones infantiles, ó ante una bella cascada que nos deslumbrara con su espuma, con su movimiento y con su ruido; si un bello crepúsculo del

sol poniente agrupaba sobre la montaña nubes de formas y brillo inusitados, y daba, al perderse en el espacio, adioses sublimes á aquel pequeño rincon del globo, que habia sido iluminado por él durante un momento, dejaba rara vez de aprovecharse de la grandeza ó la novedad de las impresiones para hacer que elevásemos nuestras almas al autor de tantas maravillas, y para ponernos en comunicacion con él por medio de algunos suspiros líricos de su adoracion constante.

¡Cuántas veces, durante las tardes del verano, paseándose con nosotros por la campiña, en la cual cogíamos flores, insectos ó chinas brillantes, en el cauce del arroyo de Milly, nos hacía sentarnos á su lado al pié de un sauce, y henchido el corazon de piadoso entusiasmo, nos hablaba un momento del sentido religioso y santo de aquella magnífica creacion que arrebataba nuestras miradas y nuestros corazones! Ignoro si sus esplicaciones acerca de la naturaleza, de los elementos, de la virtud de las plantas, del destino de los insectos, se hallaban ó no conformes con la ciencia; sólo sé que en su esencia las tomaba de Pluche, Buffon y Bernardino de Saint-Pierre; pero si no resultaban de ellas sistemas intachables de la naturaleza, producian al ménos un inmenso sentimiento de la Providencia, y una religiosa bendicion de nuestras almas á ese océano infinito de de las sabidurías y de las misericordias de Dios.

Cuando estábamos enternecidos por sus sublimes comentarios, y vertian lágrimas de admiracion nuestros ojos, no dejaba que se evaporasen aquellas dul-

ces gotas al soplo de fútiles distracciones ó de pensamientos fugitivos; apresurábase á convertir en ternura el entusiasmo de la contemplacion. Algunos versículos de los salmos, que sabia de memoria, acomodados á las impresiones del momento, se desprendian de sus labios con compuncion, y de esta suerte prestaba un sentido piadoso á la tierra toda, y una palabra divina á todos nuestros sentimientos.

II.

Cuando volvíamos pasaba casi siempre por delante de las casas de los enfermos ó de los pobres de la aldea, y aproximándose á sus lechos les daba algunos consejos y algunos remedios, para lo cual tomaba sus recetas de Tissot, ó de Buchan, médicos populares; haciendo un asíduo estudio de la medicina en beneficio de los indigentes. Poseia el genio instintivo, el golpe de vista rápido y la buena mano de los verdaderos médicos. Nosotros la ayudábamos en sus visitas cuotidianas, llevando uno las hilas y el bálsamo aromático para los heridos, y otro las vendas para las compresas. Así nos enseñamos á no abrigar ninguna de esas repugnancias que con el tiempo, convierten al hombre en débil ante la enfermedad, inútil para los que sufren, y tímido en presencia de la muerte. Nunca nos apartaba de los cuadros de la miseria, del dolor, y aún de la agonía, por espantosos que fuesen. Muchas veces la ví de pié, sentada ó de rodillas, á la cabecera de aquellas miserables camas de las chozas, ó en los establos en que se

acuestan los campesinos ya viejos y achacosos, limpiar con su propia mano el sudor frío de los infelices moribundos, ayudarlos á moverse bajo sus mantas, recitarles las oraciones postreras, y esperar con paciencia por espacio de horas enteras que volase su alma á Dios, al son de su dulce acento.

Hacia tambien de nosotros los distribuidores de sus limosnas, ocupándonos sin cesar, á mí, sobre todo, como el mayor, en llevar léjos, á las casas aisladas de la montaña, ya un poco de pan blanco para las mujeres paridas, ya una botella de vino añejo y azúcar, ya un poco de caldo reparador para los ancianos, enfermos por falta de sustento. Estos mensajes eran para nosotros placeres y recompensas. Conocíamos á los labradores de dos ó tres leguas á la redonda, y nunca nos veian pasar sin llamarnos por nuestros nombres, que les eran familiares, y sin suplicarnos que entrásemos en sus casas y aceptásemos un pedazo de pan, de lomo ó de queso. En todo el canton nos designaban por los hijos de la *señora*, los nuncios de buenas nuevas, los ángeles de socorro para las miserias abandonadas de los habitantes de la campiña. Con nosotros entraba por todas partes una Providencia, una esperanza, un consuelo, un rayo de alegría y de caridad. Aquel dulce hábito de intimidad con todos los desgraciados y de entrada familiar en todas las moradas de los habitantes del país, nos habian formado una verdadera familia de campesinos. Desde los ancianos hasta los niños más pequeños, eran saludados por nosotros con sus propios nombres. Por la mañana habia siempre sentados

en las gradas de la puerta principal de Milly, algunos enfermos que iban á consultar con mi madre. Despues de atender á nosotros, á esto era á lo que consagraba las mañanas. Estaba siempre ocupada en preparaciones medicinales para los pobres, en cocer yerbas, en hacer tisanas, en pesar drogas en una balanza pequeña, y muchas veces tambien en curar heridas y llagas, por repugnantes que fuesen. En todo esto nos empleaba y la ayudábamos con lo que alcanzaban nuestras fuerzas. Otros buscan el oro en los alambiques; mi madre sólo buscaba en ellos el alivio de las enfermedades de los pobres, y colocaba más alto y más seguro en el cielo el único tesoro que ambicionó sobre la tierra: las bendiciones de los infelices y la voluntad de Dios.

III.

Cuando terminaban todas estas faenas del dia, con nuestra comida; cuando se retiraban los vecinos que iban á visitarnos algunas veces, y la sombra de la montaña, prolongándose sobre el estrecho jardin, se tendian sobre el crepúsculo del espirante dia, se separaba mi madre un momento de nosotros; nos dejaba ya en el gabinete, ya en un rincon del jardin, distantes de ella, y se consagraba por espacio de una hora al reposo y á la meditacion. Aquel era el momento en que llamando á sí todos los pensamientos y sentimientos que habian brotado de su alma durante el dia, se reconcentraba con ellos en el seno de Dios, abismándose en él con todo su anhelo.

Aunque niños, comprendiamos nosotros que aquella era la única hora que se habia reservado para sí; y nos separábamos de la calle del jardin por donde se paseaba, como si temiéramos interrumpir ú oir las misteriosas confidencias de ella á Dios y de Dios á ella! Era una calle estrechita, de arena de color amarillo rojizo, á cuyos lados habia fresales intermediados con árboles frutales, no más altos que su cabeza: terminaba por un estremo con un grupo de avellanos, y por el otro con una pared. Era el sitio más solitario y más abrigado del jardin: sin duda lo preferia por eso, porque lo que veia en aquella calle estaba en ella, y no en el horizonte de la tierra. Paseábase con paso rápido, pero uniforme, como el de el que piensa con voluntad, dirigiéndose á un objeto verdadero, y en quien el entusiasmo se aumenta segun va avanzando. Ordinariamente no llevaba nada en la cabeza: con sus hermosos cabellos negros medio entregados al viento, y la fisonomía algun tanto más grave que en el resto del dia, ya ligeramente inclinada á la tierra, ya elevada al cielo, en donde parecian buscar sus miradas las primeras estrellas que comenzasen á destacarse del azul de la noche en el firmamento. Tenia desnudos los brazos hasta el codo, y sus manos, ya juntas como las de quien está orando, ya sueltas y cogiendo como por distraccion las rosas ó violetas, cuyos altos tallos crecian á orillas del camino. Algunos momentos permanecian sus labios inmoviles y entreabiertos, otros cerrados y agitados por un movimiento imperceptible, como los de quien habla entre sueños.

Así recorria por espacio de una media hora poco más ó ménos, segun estuviese la tarde, y fuese el tiempo de que podia disponer ó la magnitud de su inspiracion interna, dos ó trescientas veces el espacio de la calle. ¿Qué hacia? Ya lo habeis adivinado: vivia un momento en Dios sólo, huíase de la tierra, separábase voluntariamente de todo cuanto adoraba en este mundo, para correr en busca de una comunicacion anticipada con el Criador, en el seno mismo de la creacion; de ese consuelo celestial de que necesita el alma que sufre y ama, para recobrar nueva fuerza con que poder sufrir y amar por más tiempo todavía.

Lo que Dios decia á aquella alma, Dios sólo lo sabe; lo que decia ella á Dios, lo sabemos nosotros casi tanto como ella. Eran arrepentimientos llenos de sinceridad y de compuncion por las ligeras faltas que pudo cometer en el cumplimiento de sus deberes durante el dia; dulces reconvenciones que á sí misma se dirigia para animarse á corresponder á las gracias divinas de su situacion; vehementes acciones de gracia á la Providencia por algunas de las pequeñas felicidades que la habíamos proporcionado nosotros; ya porque su hijo anunciase felices inclinaciones, ya porque sus hijas se embelleciesen, ó porque su marido acrecentara algun tanto, merced á una inteligencia y un órden admirables, la reducida fortuna y el futuro bienestar de la casa; los trigos, que prometian ser abundantes, las viñas, nuestra principal riqueza, que embalsamaban el aire con sus perfumadas flores y pronosticaban una abundante vendimia:

algunas contemplaciones súbitas y entusiastas de la grandeza del firmamento, de la multitud de los astros, de la belleza de la estacion, de la organizacion de las flores, de los insectos, de los instintos maternales de los pájaros, cuyos nidos respetados por nosotros, se dejaban ver entre las ramas de nuestros rosales y arbustos; todo esto, aglomerado en su corazon como las primicias sobre el altar, inflamado por el fuego de su juvenil entusiasmo, exalándose en miradas, en suspiros, en algunos ademanes inadvertidos, y en versículos de los salmos pronunciados á media voz. Tal era lo que percibian únicamente las yerbas, las hojas, los árboles y las flores de aquel solitario paseo.

IV.

Esta calle producia en nosotros el mismo efecto que un santuario en un lugar sagrado, que una capilla en aquel jardin en donde era visitada por el mismo Dios. Jamás osábamos ir á jugar allí; la dejábamos enteramente abandonada á su misterioso uso, aún cuando nadie nos lo hubiese mandado. Ahora, despues de tantos años, en que sólo su sombra vaga por aquel recinto, cuando voy al jardin, atravieso la calle de mi madre, inclino la cabeza al atravesarla, pero nunca me paseo en ella, para que se borren sus huellas.

Cuando salia de aquel santuario de su alma y volvia á nosotros, veíamos que sus ojos estaban humedecidos, y su fisonomía más serena y afable que de

costumbre. La perpétua sonrisa que se dibujaba en sus labios, aparecia aún más tierna y amorosa. Hubiérase dicho que habia dejado un peso de tristeza ó de adoracion, y que llenaba con mayor libertad sus deberes en el resto del dia.

V.

Entre tanto iba yo creciendo en años: ya contaba diez, y era preciso que empezara á aprender algunas de esas cosas que saben los hombres; porque mi madre se cuidaba sólo de instruir mi corazon y de formar mis sentimientos. Tratábase de que me enseñaran el latin. El anciano cura de una aldea vecina (porque el curato de Milly habia sido vendido y cerrada su iglesia) tenia una especie de escuela para los niños de algunos aldeanos acomodados: á ella determinaron enviarme: por las mañanas, me daban para que llevase en un saco, á la espalda, un pedazo de pan y alguna fruta destinada á desayunarme, en compañía de mis camaradas. Además llevaba debajo del brazo, como los otros, un hacecillo de cepas para alimentar la lumbre del pobre cura. La aldea de Bussieres, donde estaba la pequeña iglesia que éste servia, se halla situada á un cuarto de legua del pueblecillo de Milly, en el fondo de un delicioso valle, dominado á un lado por viñedos y nogales, en tanto que por el otro se estienden hermosos prados regados por un arroyo y entrecortados por bosquecillos de encina y por grupos de viejos castaños. El curato, con su jardin, su patio y su pozo, se hallaba es-

condido al Norte detrás de los muros de la iglesia, y enteramente sepultado bajo la sombra del ancho campanario.

Unicamente tenia al Mediodía una galería esterior de algunos pasos de longitud, cuyo techo se hallaba sostenido por troncos de árboles sin descortezar, y que daba á la cocina y á una pieza en la cual habia fijado el anciano nuestra sala de estudio. Aún me parece que estoy oyendo el ruido de nuestros pequeños zuecos, que resonaban sobre los escalones de piedra por donde se subia á esta galería desde el patio. Todos los dias del año íbamos allá cinco ó seis muchachos de Milly, y cuanto más lluvioso y frio estuviese el tiempo, tanto más delicioso nos parecia el camino, y más lo prolongábamos. Entre Bussieres y Milly hay una colina rápida, cuya pendiente se precipita sobre el valle del presbiterio por un pedregoso sendero. Aquel sendero se cubria en invierno con una espesa capa de nieve ó de hielo, por la cual nos dejábamos resbalar como hacen los pastores de los Alpes. En lo más hondo, los prados ó el arroyo desbordado, aparecian convertidos muchas veces en lagos cuajados por el frio, é interrumpidos únicamente por el negro tronco de los sáuces. Habíamos podido proporcionarnos patines y aprendido, á fuerza de caidas, á servirnos de ellos. Entónces fué cuando nació en mí una verdadera pasion hácia ese ejercicio del Norte, en el que despues llegué á ser muy hábil. Sentirse llevado con la rapidez de la flecha y con las graciosas ondulaciones del pájaro en el aire sobre una superficie plana, brillante, sonora y

engañadora; imprimirse á sí mismo por un simple impulso del cuerpo, y por decirlo así, con el sólo timon de la voluntad, todas las curvas, todas las inflexiones del barco en el mar, ó del águila que se cierne en el azul del cielo, era para mí y lo sería aún, si no respetara mis años, una embriaguez tal de sentidos y un ofuscamiento tan voluptuoso del pensamiento, que no puedo recordarlo sin conmoverme. Ni aún los caballos, á los que he tenido tal aficion, infunden al ginete el delirio melancólico que los inmensos lagos helados á los que patinan. ¡Cuántas veces he anhelado que el invierno, con su sol brillante y frio, reflejado sobre los hielos azules de las ilimitadas praderas del Saona, fuese eterno como nuestros placeres!

Se concibe bien que con tal compañía y por tal camino, llegásemos algo tarde las más de las veces. El anciano sacerdote no nos recibia mal, á pesar de esto. Agobiado por la edad y por las enfermedades, hombre de mundo en otro tiempo, elegante y rico ántes de la revolucion, sumido despues en la pobreza, sentia muy poca inclinacion hácia la sociedad de niños, aturdidos y alborotadores, á quienes estaba encargado de enseñar. Todo lo que el buen hombre queria de nosotros era la ligera retribucion que la generosidad de nuestros padres añadia sin duda á las cortas obvenciones de su iglesia. Por lo demás, se descartaba del peso de nuestra educacion, confiándola á su vicario, jóven aventajado, que vivia con él, y á quien trataba más bien como á padre, que como á superior: llamábase el abate Dumont. El resto de

la familia se componia de una mujer, ya entrada en años, pero bella y graciosa aún, que era la madre del jóven abate, y gobernaba pacífica y despóticamente la casa de los dos sacerdotes; ayudada de una linda sobrina y de un anciano mayordomo de fábrica que partia la leña, cuidaba del jardin y tocaba las campanas.

El padre Dumont no tenia ninguna relacion con el sacerdocio, si no es su profunda repugnancia á un estado que abrazó, muy contra su voluntad, la víspera misma del dia en que aquel iba á ser destruido en Francia; así es que ni aún de los hábitos usaba. Todas sus inclinaciones eran las de un caballero, todas sus costumbres las de un militar; sus maneras más leves, las de un hombre de gran mundo. Sus facciones eran agraciadas, aventajada su estatura, su actitud imponente, grave y melancólica su fisonomía; hablaba á su madre con ternura, al cura con respeto, á nosotros con desden y superioridad. Siempre rodeado de dos ó tres hermosos perros de caza, sus compañeros constantes en la alcoba cuanto en los bosques, ocupábase más con ellos que con nosotros. Dos ó tres escopetas relucientes de puro limpias y adornadas con chapas de plata, brillaban en un rincon de la chimenea; las bolsas de la pólvora, de las balas y de los perdigones, se hallaban esparcidas en desórden por todas las mesas. Llevaba ordinariamente en la mano un látigo de correa con mango de márfil, terminado por un silbato para llamar á los perros en la montaña. Ornaban las paredes de su habitacion muchos sables y cuchillos de monte, y gran-

des botas de montar, armadas de largas espuelas de plata, se alzaban lustrosas y barnizadas en los rincones. Por su aspecto, por el metal varonil y firme de su voz y por aquellos objetos, se conocia que su carácter natural se vengaba por medio del traje del contrasentido de su naturaleza y de su estado.

Era instruido, y multitud de libros aglomerados sobre las sillas, demostraban su aficion á la literatura. Pero aquellos libros, como sus muebles, tenian muy poco de canónicos. Eran volúmenes de Reynald, de J. J. Rousseau, de Voltaire, novelas de la época ó folletos y periódicos contrarevolucionarios; pues si era poco eclesiástico, el abate Dumont, era en cambio muy realista. Hallábase cubierta su chimenea de bustos y grabados que representaban al infortunado Luis XVI, á la reina, al delfin, y á las víctimas ilustres de la revolucion. Todo el ódio que hácia ella sentia y toda aquella filosofía cuya consecuencia habia sido la revolucion, se conciliaban muy bien entónces en la mayor parte de los hombres de la época. La revolucion habia satisfecho sus doctrinas y destruido su bienestar: de aquí resultaba que su alma fuese un caos como la nueva sociedad, y que no se entendiesen á sí mismos.

Se comprende perfectamente por este leve bosquejo, que entre un anciano achacoso, que incesantemente se hallaba al lado del fuego en la cocina, y un jóven ansioso de movimiento y de placer, y que contaba como otras tantas horas de suplicio, las que robaba por nosotros á la caza, no pudiera marchar nuestra educacion con mucha rapidez. Así fué, que

sólo se limitó durante todo un año á dos ó tres declinaciones de palabras latinas, de las cuales no comprendiamos más que las terminaciones. El resto lo empleábamos en patinar durante el invierno, en nadar durante el verano en las esclusas de los molinos, y en correr á las bodas y las fiestas de las aldeas vecinas, donde nos daban las tortas de costumbre en semejantes circunstancias, y en donde tirábamos los innumerables pistoletazos, que son las señales de regocijo en todos los paises.

Yo hablaba el *patuá* como mi idioma nativo, y nadie sabia mejor las canciones tradicionales, tan sencillas, que se cantan por la noche en nuestros campos. debajo de la ventana del cuarto, ó á la puerta del establo en donde duerme la desposada.

VI.

Pero esta vida, enteramente campestre, y aquella ignorancia de todo lo que los muchachos saben á semejante edad, no impedia que respecto á sentimientos y á ideas, mi educacion familiar dirigida por mi madre, hiciese de mí uno de los espíritus más rectos, uno de los corazones más apasionados, y uno de los hijos más dóciles que pueden desearse. Constituian mi vida la libertad, los ejercicios vigorosos y los placeres sencillos, más no los desarreglos perjudiciales. Los que me educaban sabian muy bien, sin que yo lo notara, elegirme camaradas y amigos entre los hijos de las familias más honradas y más intachables de la aldea. Hasta cierto punto vivia yo

confiado al cuidado de los que tenian más edad que yo. No recibia de ellos ni malos ejemplos, ni malos consejos. El respeto y el amor que sentia todo el pueblo hácia mis padres, se reflejaba en mí; siendo de esta suerte el país como una familia, en la cual figuraba yo, por decirlo así, como un hijo comun y predilecto.

Jamás hubiera ambicionado otra vida. Mi madre, que temia por mí el peligro de las educaciones públicas, hubiera querido prolongar indefinitivamente aquella infancia tan feliz. Pero mi padre y sus hermanos, de quienes pronto tendré que ocuparme, veian con inquietud que iba á llegar á mi año duodécimo á los pocos meses, y muy pronto á la adolescencia, y que me sorprenderia la edad viril en un inmenso atraso de instruccion y costumbres, respecto á los hombres de mi edad y condicion. Con este motivo alarmábanse en alta voz, fulminando las más vivas manifestaciones en contra de mi pobre madre, la cual muchas veces concluia por llorar. La tempestad pasaba sin embargo, y se rompia contra la imperturbabilidad de su terneza y contra la energía de su voluntad, tan flexible y tan constante por lo mismo; pero la tempestad se repetia todos los dias.

El mayor de mis tios era un hombre de otros tiempos, bueno, pero áspero. Criado en la escuela ruda y estricta de la vida militar, no concebia otra que la educacion que comunmente se recibe. Queria que el hombre se formase por el contacto con los hombres; temia que la ternura de una madre, atravesada siempre entre el niño y las realidades de la

vida, enervase demasiado la virilidad del carácter. Por lo demás era muy instruido, y aún sábio y escritor, y veia que nunca aprenderia nada en casa de mi padre, sino á vivir bien y ser feliz; queria más que esto.

Mi padre, naturalmente más indulgente é influido á las ideas maternales, nunca se hubiera determinado por su voluntad á desterrarme de Milly; pero le decidieron las insistencias de mis tios, reyes de la familia y sus oráculos, poco más ó ménos, como el bailío de Mirabeau en la de aquel grande hombre. Aquel tio tenia entre sus manos el porvenir de la nuestra, porque gobernaba á sus hermanos y hermanas. No estaba casado, y era preciso contemporizar con él. Su imperio, algo despótico como lo era entónces la autoridad de un cabeza de familia, se ejercia con una soberanía robustecida por su mérito distinguido y por la consideracion de que se hallaba investido: mi madre hubo de ceder por prudencia y por amor hácia sus hijos, y mi sentencia fué pronunciada, aunque no sin muchas contemplaciones y lágrimas.

Andúvose buscando largo tiempo un colegio en que los principios religiosos, tan caros á la que me habia dado el ser, se hallasen hermanados con su enseñanza sólida y un régimen paternal: y al fin se creyó encontrarlo todo en una casa de educacion, célebre á la sazon, en Lyon. Mi madre misma me acompañó á aquella reclusion, donde entré, como un reo de muerte entra en la capilla. Las falsas sonrisas, las caricias hipócritas de los maestros del cole-

gio que por ambicion al dinero pretendian imitar las de un padre, no me engañaron: comprendí bien pronto cuánta venalidad habia en equella ternura obligada, despedazóseme el corazon por la vez primera de mi vida, y cuando se interpuso entre mi madre y yo la verja de hierro, conocí que entraba en otro mundo, y que el sol de mis primeros años se habia ocultado para no volver jamás.

LIBRO SESTO.

I.

Figuráos un pájaro manso, pero libre y salvaje, en posesion de su nido, de los bosques, del cielo, en contacto con todos los deleites de la naturaleza, del espacio y de la libertad, cogido de súbito en el lazo del cazador y obligado á replegar sus alas y á despedazar sus patas en los hierros de la jaula estrecha en donde acaban de encerrarlo con otras aves de diferentes razas, y cuyo plumaje y gritos discordantes le son desconocidos, y os formareis una idea, aunque imperfecta, de lo que esperimenté durante los primeros meses de mi cautiverio.

La educacion maternal me habia formado un alma en la cual todo era espansion, sinceridad y cariño. No sabia aborrecer, sino amar. El mando no habia contraido una sola vez mi voluntad, siempre conforme con la suya. No conocia más que la blanda y na-